

# El apremio del saber: dilemas éticos del Trabajo Social en la construcción de conocimiento\*

Jeison Stevens Fuentes Ríos\*\*

*Trabajador Social*

*Universidad Nacional de Colombia, Colombia*

## Resumen

A lo largo de la historia, los seres humanos hemos cimentado y preservado diferentes tipos de conocimiento, sin embargo, en la actualidad, la producción de conocimiento responde a una estrategia organizada desde un espacio específico: el conocimiento científico. El siguiente texto es el resultado del proceso de indagación de las prácticas críticas, como contraposición a esa postura científica, y pone en discusión el debate sobre la necesidad de construir conocimiento crítico y transformador desde la praxis en Trabajo Social, a través de reflexiones basadas en la premisa de que las trabajadoras y los trabajadores sociales pueden producir conocimiento y desarrollar, a la vez, su juicio profesional en las distintas formas que adopte.

**Palabras clave:** trabajo social, investigación social, intervención social, prácticas críticas, construcción de conocimiento, formación profesional.

...

## CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Fuentes Ríos, Jeison Stevens. 2013. "El apremio del saber: dilemas éticos del Trabajo Social en la construcción de conocimiento". *Revista Trabajo Social* 15: 199-217. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

**Recibido:** 15 de abril del 2013. **Aceptado:** 21 de agosto del 2013.

\* El artículo presenta las reflexiones realizadas en el año 2012 en el marco del seminario "Investigación sobre la intervención social", para optar por el título de trabajador social. La dirección del seminario estuvo a cargo de la profesora Claudia Mosquera del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

\*\* jsfuentesr@unal.edu.co

# The Urgency of Knowledge: Ethical Dilemmas of Social Work in the Construction of Knowledge

## Abstract

Throughout history, human beings have consolidated and preserved different types of knowledge; however, in today's world the production of knowledge is a strategy organized from the specific space of scientific knowledge. This text, which is the result of a process of inquiry into critical practices as opposed to the scientific stance, discusses the need to construct critical knowledge with a potential for transformation on the basis of praxis in Social Work. These reflections are based on the premise that social workers can produce knowledge, while at the same time developing their professional judgment in different ways.

**Keywords:** social work, social research, social intervention, critical practices, construction of knowledge, professional preparation.

# A necessidade do saber: dilemas éticos do Trabalho Social na construção de conhecimento

## Resumo

Ao longo da história, os seres humanos têm cimentado e preservado diferentes tipos de conhecimento; no entanto, na atualidade, a produção de conhecimento responde a uma estratégia organizada desde um espaço específico: o conhecimento científico. O seguinte texto é o resultado do processo de indagação das práticas críticas, como contraposição a essa postura científica, e põe em discussão o debate sobre a necessidade de construir conhecimento crítico e transformador desde a práxis no Trabalho Social, através de reflexões baseadas na premissa de que as trabalhadoras e os trabalhadores sociais podem produzir conhecimento e desenvolver, ao mesmo tempo, seu critério profissional nas diferentes formas que adote.

**Palavras-chave:** trabalho social, pesquisa social, intervenção social, práticas críticas, construção de conhecimento, formação profissional.

## Introducción

El tema que planteo en este artículo suscita la reflexión sobre la producción de conocimientos desde la investigación social, a la luz de diferentes puntos de vista, e intenta sobreponer la separación entre conocimiento científico, saberes en acción e intervención social, esta última empleada hoy en día para comprender las dinámicas y problemas sociales. Es así como en las últimas décadas la comunidad internacional de Trabajo Social viene preguntándose si la intervención social es el espacio en el que se debería evidenciar empíricamente la teoría social (Zúñiga 1993).

Cabe recordar que todo conocimiento adquirido deviene de un proceso constante, no se da como un suceso magnífico en donde pasamos de la ignorancia directamente a la verdad. Esto permite dar cuenta de que el conocimiento científico es solamente uno de los modos posibles de conocer, tal vez el más normalizado, gracias a sus características de rigurosidad y objetividad, con las cuales responde a los diferentes interrogantes que se presentan en la historia y que indagan sobre hechos demostrables. Construir ciencia de esta manera permite el reconocimiento y la revisión de las teorías, además de las disputas por mantenerlas, perfeccionarlas o modificarlas. Todo esto con el fin de hacerlas más objetivas, racionales, metódicas y universales. Uno de los objetivos de este artículo —además de reflexionar sobre la producción de conocimientos— es presentar algunos aspectos que trascienden de la crítica al conocimiento científico, las carencias que presenta en la intervención social ante la pluralidad de las múltiples realidades y dinámicas sociales, y las propuestas que se pueden hacer desde las ciencias sociales para contrarrestar estas insuficiencias y vacíos. Desarrollo esta propuesta a partir del estudio de más de cuarenta documentos revisados y analizados entre los que se incluyen libros, artículos de publicaciones seriadas, trabajos de maestría, además de las memorias de algunos eventos académicos, en donde retomo las tesis y argumentos centrales de los diferentes autores y autoras, junto con una mirada crítica de la disciplina de Trabajo Social.

A continuación se presenta el resultado de dichas reflexiones de indagación y estas, a su vez, responden la pregunta sobre cuáles son las perspectivas contem-

poráneas para la construcción de conocimiento en Trabajo Social y qué podemos aprender acerca de cómo funcionan. Se profundizará la proposición de que las y los profesionales de Trabajo Social debemos evitar perder la finalidad que tiene nuestro saber profesional frente a una sociedad que demanda una ayuda eficaz para alcanzar una vida humana digna (Malagón 2012); es decir, tal como lo menciona Schön (1996), a partir de exploraciones instauradas en la reflexión solidaria sobre el arte cotidiano, buscaré llegar a la descripción de una epistemología de la práctica. Además, los debates que puede generar la lectura de este artículo aportan a los estudios que surgen de las investigaciones de algunos autores y autoras para problematizar la *colonialidad del saber*, encabezada por Aníbal Quijano, Edgardo Lander, Boaventura de Sousa Santos, Walter Mignolo, Fernando Coronil o Javier Sanjinés, entre otros.

## Construcción de conocimiento en Trabajo Social: una manera de obrar ante la subalternidad cognitiva

*La injusticia social global está, por lo tanto, íntimamente unida a la injusticia cognitiva global. La batalla por la justicia social global debe, por tanto, ser también una batalla por la justicia cognitiva global. Para alcanzar el éxito, esta batalla requiere un nuevo tipo de pensamiento, un pensamiento postabismal<sup>1</sup>.*

DE SOUSA SANTOS 2010, 20

Quisiera retomar algunas apreciaciones sobre el poderío social que adquieren las élites económicas

<sup>1</sup> El pensamiento postabismal puede ser resumido como un aprendizaje desde el sur, entendido, por De Sousa, como el sur global que incluye a las regiones y países periféricos del mundo moderno, los mismos que tras la Segunda Guerra Mundial fueron denominados “tercermundistas”; sin embargo, es preciso comprender que este no es un concepto estrictamente geográfico. Así, este aprendizaje supone una epistemología del sur, que no circunscribe el conocimiento al conocimiento científico. Y aunque pensamiento postabismal y ecología de saberes no son lo mismo, hay que tener en cuenta que “como una ecología de los saberes, el pensamiento postabismal se presupone sobre la idea de una diversidad epistemológica del mundo, el reconocimiento de la existencia de una pluralidad de conocimientos más allá del conocimiento científico. Esto implica renunciar a cualquier epistemología general” (Sousa Santos 2009, 54).

capitalistas cuando poseen el conocimiento y que es, sin lugar a dudas, en gran medida y en diferentes sentidos, una fuente de peligro, desigualdad, injusticia, miseria y destrucción. Retomando a Boaventura de Sousa Santos (2009), el pensamiento hegemónico que poseen estas élites en la modernidad occidental es un pensamiento fracturante formado por líneas abismales que se caracterizan, básicamente, por dividir metafóricamente la realidad en dos regiones distintas y contrapuestas: la región de “este lado de la línea” y la región de “el otro lado de la línea”. Entre estas se extiende una línea fronteriza que establece una separación total. A partir de esto, considero necesario aclarar que la armazón que se construyó como modelo de organización social, económica, sexual y política, y que hasta hoy prima en nuestro territorio, tuvo un punto de partida indiscutible y determinante: el descubrimiento y la conquista de América, el dominio y esclavización de nuestros pueblos. Según Aníbal Quijano,

[...] solo con América pudo el capital consolidarse y obtener predominancia mundial, deviniendo precisamente en el eje alrededor del cual todas las demás formas fueron articuladas para los fines del mercado mundial. Solo de ese modo el capital se convirtió en el modelo de producción dominante. Así, el capital existió mucho tiempo antes que América. Sin embargo, el capitalismo, como sistema de relaciones de producción, esto es, [como] el heterogéneo engranaje de todas las formas de control del trabajo y de sus productos bajo el dominio del capital, [...] se constituyó en la historia solo con la emergencia de América. (2000, 20)

Desde entonces, Europa emprendió un camino de características parasitarias respecto de los recursos (materiales y humanos) sobre el territorio americano, para efectuar la extracción de riquezas bajo lógicas imperiales de dominación. A esto hay que agregar que, en las últimas generaciones, una parte importante de ritos, tradiciones, valores y fundamentos de las organizaciones sociales también se ha modificado aceleradamente, o eliminado deliberadamente, limitando su eficacia en cuanto elementos de regulación de la convivencia social.

Además, desde la época de expansión colonial se establecieron relaciones de dominación con respecto al conocimiento, denominada por algunos autores como *colonialidad del saber* y “entendida como la represión de otras formas de conocimiento que no sean blancas, europeas, científicas, elevando a una perspectiva eurocéntrica la producción del conocimiento” (Walsh 2005, 19). Se trató, entonces, (con éxito contundente) de incorporar en las poblaciones colonizadas la cosmovisión del mundo europeo; no en vano sucedieron, por ejemplo, las cruzadas misioneras y predicadoras en América; fue así como se impuso un modelo de pensar, una forma de relación hombre-naturaleza, unos valores culturales, una forma de interpretar el mundo y sus fenómenos naturales. Fue con sangre, cruz y espada como Europa impuso sus valores a quienes leían el mundo de manera opuesta a la suya. Hoy los extranjeros colonizadores “blancos” ya no masacran ni esclavizan “nativos”; les basta esclavizar sus mentes y cooptar a sus intelectuales. Así, la pobreza y la exclusión de nuestros países se justifican con argumentos de eficiencia y globalización. Estas mismas lógicas y postulados se aplican a los conocimientos producidos por las mujeres, al no constituir una forma de conocimiento androcéntrica, por ejemplo; o a lo producido a través de la historia por profesiones como el Trabajo Social, la enfermería o la educación, también denominadas saberes subalternizados (Lorente 2002, 46).

A partir de allí, cabe reflexionar sobre la dominación cognitiva que ha sentado las bases del mundo actual a través de la implantación de la hegemonía del pensamiento eurocéntrico, y que legitima la producción capitalista, anclada al comercio transnacional, fuertemente relacionada con la explotación de los recursos humanos y naturales, y con el aparato financiero globalizado. Este modelo, con la promesa de conectar al mundo, pretende homogeneizar e invisibilizar las diversas expresiones de orden cultural, racial, sexual, político, social y económico, estableciendo, como parámetro inmodificable de la realidad, el mercado. Para ello, estructura todo un sistema de valores y prácticas que tienden cada vez más a interiorizarse y a considerarse inherentes a los seres

humanos (individualidad, lucro, egoísmo, consumismo, competitividad, discriminación, entre otros).

Esta dominación cognitiva y social hace que América Latina se encuentre integrada y condicionada a “[...] la globalización, con sus procesos de crecimiento dinámico, competitivo y modernizador, del que forman parte hoy por hoy, indisolublemente; procesos de exclusión social y [de] destrucción medioambiental” (Castells 1999, 11). De este modo, se hace urgente la necesidad de establecer puentes reales de comunicación, bajo puntos específicos de confluencia, entre varios sectores sociales de la periferia, para avanzar de manera contundente hacia la configuración de condiciones organizativas, que bajo “una unidad en la diferencia” —como lo llamaría Freire—, generen cambios sociales y, por ende, un verdadero desarrollo. Para entender la relación de las dinámicas económicas de nuestros pueblos con los procesos de globalización mundial, De Sousa Santos propone el análisis desde el pensamiento de líneas abismales y señala que la característica fundamental de este pensamiento

[...] es la imposibilidad de la copresencia de ambos lados de la línea. La consecuencia de esta división es tan fuerte que lo que queda en este lado de la línea prevalece como lo relevante, lo visible, lo existente, mientras que lo que se encuentra en el otro lado resulta expulsado de la realidad, su presencia es rechazada y es declarado, en consecuencia, como algo diferente, inferior, extraño y socialmente inexistente. (2009, 32)

En este lado de la línea está toda acción y disposición del modo de producción capitalista bajo el modelo neoliberal; del otro lado encontramos las poblaciones que han sido sometidas a ese paradigma, lo que De Sousa Santos llama paradigma de la apropiación-violencia. De esta manera, la zona que se halla en el otro lado de la línea abismal constituye un espacio salvaje donde habita lo inhumano y lo radicalmente excluido, un territorio que es preciso conquistar y civilizar mediante la lógica de la apropiación, que funciona a través de mecanismos de incorporación, aprovechamiento e inclusión subordinada, y mediante la lógica de la violencia, que se refiere a la eliminación y destrucción física o cultu-

ral del otro. La reflexión de este artículo, aunque se origina desde el otro lado de la línea abismal, lo que muestra es lo que pasa de “este lado de la línea”.

Estas relaciones sociales coloniales están basadas en la instrumentalización del otro, es decir, en su transformación en objetos de abuso. Recordemos que el colonialismo es la concepción que ve al otro como objeto, no como sujeto. Aunque cabe resaltar que en la actualidad y desde “el otro lado de la línea” las comunidades y poblaciones se manifiestan a través de iniciativas y movimientos agrupados bajo la denominación de “cosmopolitismo subalterno”, se constituyen como la globalización contrahegemónica que lucha contra la exclusión social, política y cultural generada por la globalización neoliberal.

Para Zemelman (2005), la práctica en Trabajo Social no puede hacer un uso abusivo de su intervención ni ver a los sujetos de esta como llanos objetos para su investigación ni, mucho menos, puede formular verdades universales; por el contrario, debe encontrar un método que permita ver la realidad y describirla sin reducir las ideas a lo previamente establecido, ni a estructuras conceptuales específicas que supongan un conjunto de relaciones antepuestas. Es decir, los científicos sociales, hoy en día, deben buscar una forma de razonamiento que no se limite a organizar el pensamiento con base en contenidos y conceptos estructurados colonialmente, sino que más bien parte de la concepción de la realidad como algo en constante movimiento temporo-espacial. Así, se podrá construir conocimiento a partir de un pensamiento abierto y problematizador de una realidad concreta y real, aprehendiendo a observar la realidad y sus procesos, y profundizando más allá de lo que Zemelman ejemplifica como la punta del iceberg y lo que está debajo de la superficie.

De esta manera, se amplía el dominio del conocimiento a lugares que anteriormente le eran inadecuados y muestra, una vez más, que posee un proceso de validación social que le permite ejercer un dominio en las relaciones hombre-mujer-naturaleza. Ahora bien, en el deterioro de estas relaciones es posible evidenciar una contradicción. Los científicos sociales, con el propósito de generar conocimiento, han irrumpido en dichas relaciones, de manera que surgen

en la actualidad una multiplicidad de problemas que demandan una ayuda social urgente para que la exclusión y la marginación del otro no conlleven más la destrucción de las formas de vida, ambientales y culturales, con diferencias de clase, sexo, género, etnia y raza.

Por lo tanto, en procura de una transformación de la realidad social, se deben propiciar situaciones desde la cotidianidad de los sujetos con el propósito de reforzar o de iniciar un efecto deseable; a su vez, se trata de fundamentar dichas resistencias en unas creencias con una base ética coherente entre el ser y el “deber ser”, entre lo que se piensa y lo que se hace. Además, para comprender, entender y ejercer una ciencia social de nuevo tipo, es necesario deconstruir la racionalidad clásica de construcción de conocimiento y resignificar las prácticas de construcción de teorías que interpretan la realidad, debido a que “la realidad que enfrentamos, la realidad sociohistórica, tiene múltiples significados. No es una realidad clara, inequívoca, con una significación cristalina y a la cual se le pueda abordar sencillamente construyendo teorías o conceptos” (Zemelman 2005, 63).

Frente a un escenario complejo y problemático como el descrito, y frente a la necesidad de construir soluciones a corto y largo plazo, es necesario comprometerse con la idea de unas ciencias sociales innovadoras, a fin de evidenciar la dramática realidad de nuestra sociedad y, en consecuencia, recuperar las relaciones del hombre y la mujer con la naturaleza y con la sociedad en su conjunto. Es necesario, por lo tanto, visualizar el impacto de la actual revolución del saber y, más específicamente, del saber social; en particular, es pertinente propiciar formas organizativas de la indagación social por fuera del funcionalismo, ya que por mucho tiempo esta corriente se desentendió de los trabajos de intervención realizados con las comunidades, aisló la obtención de dicho conocimiento y desestimó a las y los intervenientes sociales, al considerarlas personas no idóneas para producir conocimiento. Las transformaciones que se logren con este cambio de paradigma deben estar fundamentadas en la interacción del sujeto con el mundo, en la que la y el activista social trabajen en conjunto con la investigadora y el investigador social,

para así articular la conceptualización teórico-social con la descripción empírico-social.

### **Legitimidad social a la hora de producir conocimiento en Trabajo Social**

Como lo mencioné en la introducción, las ideas de este artículo no buscan solamente poner en discusión el tema del lugar de producción de conocimiento, puesto que es bien sabido que, independientemente del lugar, prevalece la idea de la legitimidad de la subalternidad para construir conocimiento. A partir de esta legitimidad, debemos concebir y reconocer que el conocimiento producido desde la subalternidad es un producto inserto en el mismo sistema global, a pesar de que muchas veces nuestras acciones tiendan a buscar una salida a la lógica imperante, fuera del sistema hegemónico. La importancia de establecer una resistencia desde adentro de los sistemas fomenta un modo de instalarse en estos, lo cual permitirá que no desaparezcamos como sujetos sociales situados en un contexto social determinado.

Históricamente, es a partir de la modernidad que se establece el conocimiento científico —la ciencia produce conocimiento y la práctica lo aplica— como verdad dominante, lo que generó la creencia de que todo se podía manipular con exactitud en beneficio de los seres humanos. Este tipo de conocimiento, aparentemente incuestionable, hace parte de

Las geopolíticas del conocimiento, la cual es una estrategia modular del proyecto de la modernidad; la postulación del conocimiento científico como única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y la naturaleza; como conocimiento se cree universal, oculta, invisibiliza y silencia [a] los sujetos que producen ese otro conocimiento. (Walsh 2005, 17)

Hoy en día, sin embargo, la ciencia se enfrenta a un conjunto de problemas, en el que el conocimiento exacto se hace inalcanzable. Por tal motivo, hay que mantener el espíritu abierto y no permitir que las pretendidas teorías universales, los modelos predefinidos y la gran mayoría de metodologías sustentadas en estos presupuestos constituyan la única base de conocimiento legítimo que determine nuestra visión de la realidad social.

El abordaje de la construcción de conocimiento en el campo del Trabajo Social convoca a centrarse, necesariamente, en el debate epistemológico-filosófico sobre la investigación y la intervención en las ciencias sociales. La investigación en Trabajo Social tiene que asumirse como una práctica sistemática donde se ideen procesos de producción de conocimiento que permitan explicar, comprender e interpretar las múltiples realidades sociales (Vélez 2003). De ahí la importancia de los saberes tradicionales o locales, ya que promueven un acercamiento mutuo entre el investigador y la investigadora social con sus pares, con otros sujetos en los que no todo está dado; de este modo, se establecerían relaciones con las comunidades que permitirían comprender el modo y la calidad de vida de estas personas, las problemáticas que los agobian, la percepción y valoración que tienen del saber profesional del investigador y de la investigadora, además de su retribución en los vínculos con la naturaleza, potenciando las posibilidades de generar estrategias de intervención; de ahí que reconocer y revalidar estos conocimientos locales sean, “[...] desde un punto de vista epistemológico de la ciencia moderna, [...] conocimientos altamente variables y no universales, entrelazados con prácticas, dinámicos, [y que] involucran una negociación o conversación continua con una situación que se desea modificar” (Wynne 2004, 139).

El Trabajo Social, desde sus inicios, ha traído consigo la idea de ayudar a través de la intervención profesional, buscando con ello mejorar la situación de precariedad y de exclusión de las personas que la solicitan. Es necesario, para tal fin, que las trabajadoras y los trabajadores sociales actuemos racionalmente, es decir, que nos apoyemos en muchos de estos saberes tradicionales que pueden, de alguna manera, mejorar nuestra práctica e interacción con esas otras y esos otros, debido, entre otras cosas, a que actualmente la complejización de las interacciones humanas y de las relaciones sociales suscita el debate sobre el accionar de las prácticas en el terreno con aquellas comunidades en las que se presenta la intervención de una manera imprecisa y superficial, alejada de la praxis social. Llegar a una experiencia de campo sin un saber previo de las poblaciones con las que se han de trabajar, sin

esquemas referenciales básicos, sin una concepción de conocimiento teórico, es de por sí una pretensión incorrecta a la hora de intervenir los problemas sociales. Empero, pretender atribuirle primacía única a lo teórico, a los datos, a los conceptos, es algo que en sí mismo encierra un problema para una correcta intervención. Como lo indica Zemelman,

[...] antes de intervenir y de adentrarnos en el espacio de la experiencia práctica hemos construido elaboraciones conceptuales y discursos que nos dan repuestas antes de hacernos preguntas, que proveen certidumbres y despejan dudas acerca del funcionamiento de lo social. Como profesionales, estamos predispuestos ante una realidad que no es igual de estática a nuestros conocimientos, razón por la cual el conocimiento teórico es una herramienta incompleta a la hora de intervenir. El pensamiento teórico, la relación que se establece con la realidad externa [...], es siempre un pensamiento que tiene contenidos, por lo tanto, el discurso de ese pensamiento es siempre un discurso predicativo; vale decir, un discurso atributivo de propiedad, ya que no es un pensamiento que puede dejar de hacer afirmaciones sobre la realidad, pues un pensamiento teórico es aquel que hace afirmaciones de lo real. (2005, 66)

Deslauriers y Cosín (2004), precisamente, exponen la dificultad que supone para las trabajadoras y los trabajadores sociales dejar de lado la experiencia investigativa y la reflexión de sus prácticas.

De acuerdo con lo anterior, podemos resaltar que si bien las trabajadoras y los trabajadores sociales no somos resistentes a la investigación<sup>2</sup>, pocas veces aplicamos los resultados de nuestras investigaciones a prácticas de intervención posteriores. Recordemos, además, que

[...] las organizaciones de servicios sociales son ámbitos de práctica, no de investigación. Los responsables políticos contratan profesionales para la práctica, no investigadores, y estos profesionales no tienen tiempo para hacer trabajo de investigación, ni se les exige por parte de las organizaciones [...]. (Deslauriers y Cosín 2004, 197)

<sup>2</sup> Véase los textos de Deslauriers y Cosín (2004), Zúñiga (1993) y Mosquera (2013).

Por lo tanto, la problemática derivada de la no aplicación de nuestras investigaciones, del gran acervo teórico acumulado en nuestra formación profesional y de la posibilidad constante de construir conocimiento tipo delta<sup>3</sup>, propio del Trabajo Social, nos muestra el rezago que trae consigo en las ciencias sociales la distinción; en primer lugar, del terreno de la razón teórica, concebida como un cuerpo de nociones e ideas externas al sujeto y de las cuales logramos obtener una visión más o menos transparente del mundo por medio de las relaciones entre las cosas que ese mismo conocimiento establece, y en segundo lugar, el campo de la razón práctica, en donde el conocimiento se constituye como un conjunto de normas o principios racionalmente fundados en conceptos generales que permiten regular moralmente la conducta. Aquí se vislumbra, pues, la posibilidad de transformar la dicotomía teoría/práctica por una praxis social transformadora, en la cual

[...] el estudio de la práctica profesional es un reto para la investigación científica porque la práctica es una mezcla de acciones, ideas, retazos de diversas teorías, habilidades personales, adaptaciones a las situaciones particulares, etc. Es importante pues, no solo respetar la lógica de la teoría sino producir resultados, solucionar/aliviar/aligerar los problemas sociales o los efectos de los problemas sociales sobre las personas que solicitan la ayuda de los trabajadores sociales. (Deslauriers y Cosín 2004, 203)

Descuidar el pensamiento crítico ha impedido centrarse en las teorías criticables, en los razonamien-

tos y en su validez; es indispensable superar el carácter instrumental que ha predominado en la aplicación de teorías, poniendo énfasis, más que en los medios instrumentales, en la búsqueda de explicaciones de los hechos, tal como se dan en la realidad, y en la búsqueda de la transformación social. Por ejemplo, cuando las y los estudiantes van a las prácticas, se constata que algunas veces se aferran a una única teoría, a menudo en detrimento de la observación de los hechos, del ritmo de la comunidad y del proceso. Con la experiencia, los trabajadores y las trabajadoras sociales nos familiarizamos con las situaciones y hacemos nuestra propia caja de herramientas con multitud de conceptos, enfoques e intervenciones que nos ayudan a atenuar los problemas de las personas que acuden a nuestros servicios. Esto no implica desvalorar o sobrevalorar el conocimiento instrumental para solucionar los problemas desde una perspectiva de la racionalidad técnica de las prácticas profesionales sino, más bien, busca promover el resguardo, la consolidación y la acumulación histórica y sociocultural de dicho conocimiento, no desde una mirada homogénea sino, por el contrario, desde sus diversidades. La acumulación y posterior promoción del conocimiento por parte de las y de los profesionales trae consigo tanto la intención de comunicar el estado actual de las particularidades que puedan derivarse de aspectos culturales —tradiciones, mitos y saberes ancestrales— como la posibilidad de transferir constantemente estos conocimientos.

En esta búsqueda, la intervención social puede producir conocimiento porque es un espacio de pluralismos epistemológicos.

<sup>3</sup> Deslauriers y Cosin (2004) consideran que “para la y el profesional que trabaja en situaciones microsociales, donde existe menor regularidad y mayor singularidad, debe haber un tipo de conocimiento que no resulte incompleto respecto de lo que le brinda el tipo gamma de las ciencias sociales. [...] Este es el motivo que ha llevado a desarrollar el conocimiento tipo delta, propio de los trabajadores sociales. Es semejante al que desarrollan los artesanos de un oficio manual, como, por ejemplo, los mecánicos, los fontaneros, los electricistas, los carpinteros. También es semejante al que desarrollan los investigadores judiciales en un crimen o el que desarrollan los médicos en la práctica de la medicina” (2004, 202). Paquet lo define como “una capacidad de actuar e intervenir, una competencia que adquieren algunas personas, que crean poco a poco para formular su conocimiento como un sistema complejo donde cada uno tiene su propia iniciativa, su margen de libertad para elegir

y donde las consecuencias de estas elecciones no son visibles. Es una competencia no transferible de un trabajador social a otro, ni de una situación a otra. En consecuencia, cada profesional necesita descubrir y construir su propio estilo de intervención. Es una competencia personalizada, producida por un individuo que actúa en un sistema específico” (1991, 155). “Es un conocimiento que se deriva de una teoría general, producido por el pensamiento en la acción, que exige una capacidad para actuar y de un conocimiento dirigido hacia objetivos precisos, fijados en el tiempo” (1991, 104).

Narhi (2002), citada en Sposati (2007), considera que es necesario distinguir los diferentes tipos de conocimiento para ser capaz de aprehender de las diferentes características de cada una de las experiencias. Así mismo, este último distingue el conocimiento derivado de la investigación empírica, el conocimiento teórico, el conocimiento personal, el procedimental y el práctico.

Desde el campo de las profesiones relacionales y desde la pregunta por el dónde, se legitima en la actualidad, en la teoría social contemporánea, la producción de saberes subalternizados que aspiran a convertirse en conocimiento científico, es decir, la pregunta por la colonialidad del saber. Pensamos que la valorización de los llamados saberes de acción [...] son una vía prometedora para realizar avances a esta estimulante discusión. (Mosquera 2013, 79)

La discusión debe darse a partir de la deconstrucción de la dicotomía entre conocimiento científico y saberes locales, reconociendo que estos últimos no tienen espacio para construir conocimiento, porque allí las personas no son investigadoras e investigadores investidos de prestigio y legitimidad social.

[...] nos ubicamos en la reflexión sobre el saber porque allí se sustenta la valoración de la intervención social como lugar de producción de este tipo de conocimiento. Pero esto no quiere decir que queremos invertir jerarquía alguna —conocimiento científico y saber— o exaltar los saberes en detrimento del mal llamado conocimiento científico. Esta actitud no solamente sería naif, sino también poco productiva científicamente, aunque sostengamos que los saberes pueden llegar a convertirse en un conocimiento universal después de pasar por todos los procesos establecidos de validación. (Mosquera 2013, 60)

Debemos distinguir, desde la praxis, la relación dicotómica entre el conocimiento científico<sup>4</sup> —tipo

*alpha*<sup>5</sup> y *beta*<sup>6</sup>— y el saber local, es decir, el conocimiento tipo *gamma*<sup>7</sup> (Deslauriers y Cosín 2004). Del primero podría sugerir que hace referencia a la producción teórica de un sinnúmero de acumulados conceptuales, sin un claro “demandante social”, lo que ha traído como consecuencia un gran cúmulo teórico concentrado en los anaqueles de los centros académicos y de investigación. El segundo hace referencia al saber social y local sobre el cual podemos profundizar para construir conocimiento y que si bien puede ser formado en ámbitos académicos o no, posee una vocación comunitaria que le permite conocer la historia para transformarla. A partir de esta distinción entre los diferentes tipos de saberes podemos diferenciar el propósito y especificidad de cada uno de ellos, sus orígenes y su campo de intervención, para, finalmente, revalorar el conocimiento tipo *gamma* y, al tiempo, las prácticas en el terreno. Se pretende, así pues, potenciarlas, ya que deben seguir siendo un motor que suscite el cuestionamiento y desmantelamiento de las interpretaciones simplistas, o reduccionistas, que consideran que no existe relación directa entre conocimiento universal y saber local.

### Trabajo Social: las prácticas críticas y la sabiduría práctica

La cuestión principal en este apartado se basa en la idea de un Trabajo Social crítico, que acompañe la lucha por la legitimidad de los conocimientos construidos, y aunado a una intervención protagonista

<sup>4</sup> Este conocimiento “emana de los debates acumulados, ligados a viejas tradiciones de pensamiento ubicadas casi siempre en los países del norte, en corrientes intelectuales de punta, en escuelas reconocidas. Es producido por personalidades de renombre con equipos de investigación de gran envergadura, con fuentes públicas importantes de financiación o subvencionados por fundaciones privadas. Sus resultados son transmitidos o impuestos a una comunidad científica más amplia que lo acoge, pues, para ser considerada como parte de dicha comunidad, deberá adoptarlos y aplicarlos de manera deductiva en su trabajo científico. Este conocimiento es construido con una amplia capacidad de abstracción, lo cual permite una gran generalización que busca ser clave explicativa de la dinámica y de relaciones sociales más amplias o universales” (Mosquera 2013, 61).

<sup>5</sup> Para Deslauriers y Cosín (2004), retomando los tipos de conocimiento que utiliza Paquet (1991), “el conocimiento tipo *alpha* se obtiene de la cultura, de los valores, de las ideologías, de los ideales de una sociedad y de sus miembros. Es la base de las ciencias sociales y de las ciencias exactas. Por ejemplo, el lenguaje es la base común que permite a los miembros de una sociedad comunicar” (Deslauriers y Cosín 2004, 201).

<sup>6</sup> El conocimiento tipo *beta*, el producido “por las ciencias llamadas exactas, que explican fenómenos naturales. En muchas ocasiones, las ciencias exactas utilizan el lenguaje para buscar figuras retóricas que expresen nuevas realidades científicas. Por ejemplo, conocemos expresiones como: vientos solares, agujeros negros, enanas blancas, mares lunares, etc. Además, son conocimientos limitados por el sustrato ideológico de su tiempo” (Deslauriers y Cosín 2004, 201).

<sup>7</sup> El conocimiento tipo *gamma* utilizado por Paquet (1991), formulado por Machlup (1980) y tomado de Deslauriers y Cosín (2004),

del cambio social a través de los saberes locales y de las prácticas investigativas más democráticas y plurales epistémicamente; un Trabajo Social que rompa con el legado de la modernidad y que deconstruya los paradigmas provenientes de los países de Occidente<sup>8</sup>; un Trabajo Social que aporte a los estudios latinoamericanos sobre conocimiento y que de una vez por todas resalte el valor de lo social por encima de lo económico —entendido en términos de lucro—. Debido a esto y retomando los aportes de Healy y del posestructuralismo, además de los hechos por autores como Foucault, considero de gran importancia rescatar las articulaciones entre prácticas críticas complejas en contextos locales de producción de conocimientos con ejercicios específicos de poder, permitiendo la construcción de la subjetividad crítica de la trabajadora y el trabajador social; ello trae como consecuencia la deconstrucción del discurso conservador y la multiplicidad de verdades que se manifiestan en los límites indefinidos y contradictorios entre conceptos, categorías e ideas desarrolladas. En otras palabras,

[...] interesa contribuir a la discusión sobre lo inadecuado del mantenimiento de la dicotomía entre conocimiento científico y saber local, en un momento en el cual uno de los paradigmas de la modernidad, el re-

“forma parte del dominio de las ciencias sociales, o de los conocimientos sociocientíficos. Sabemos que las ciencias sociales toman prestados algunos conceptos de los dos tipos precedentes. De una parte, toman prestado del conocimiento de tipo alpha la finalidad de su trabajo. Sabemos también que los valores de una sociedad, sus ideologías, influyen sobre la definición de lo que constituye un problema social, o sobre cuál es el poder de los científicos, qué es importante o no en el saber. De otra parte, las ciencias sociales toman prestado del conocimiento tipo beta la metodología de investigación” (Deslauriers y Cosín 2004, 201). Para Claudia Mosquera, estos saberes son otra expresión de los conocimientos locales, los cuales “poseen una connotación local, son limitados en espacio y tiempo, tienen en cuenta el contexto, en oposición al conocimiento científico que tiene vocación de generalización explicativa. Los saberes están al servicio de las particularidades y confieren a sus productores una fuente de identidad social. Los actores que los producen cuentan con el componente de la identidad profesional, por ello los saberes de acción se sostienen en una serie de valores éticos y culturales importantes, lo que es claro en una profesión-disciplina como el Trabajo Social” (2013, 61).

<sup>8</sup> Denominación utilizada para referirse, específicamente, a Europa Occidental y a su cultura, que sostiene la práctica de homogenización de la globalización.

ferido al plano epistemológico, se está resquebrajando. Esto ha traído como consecuencia un cuestionamiento del dominio monolítico de producción de conocimiento de la ciencia moderna, hacia una revalorización plural de formas de conocer en donde se incluyen los saberes y a los sujetos o sujetas situados. (Mosquera 2013, 55)

En el texto de Healy se enuncian tres categorías: identidad, poder y cambio, y en la articulación de las tres operan mecanismos de resistencia que debemos promover para una mejor comprensión racional de la revalorización histórica del conocimiento, de tal manera que podamos, finalmente, transformar la intervención con un espacio no solamente relacional sino también racional. Al mismo tiempo, se trata de “comprender las prácticas a través de las cuales se ejerce el poder y se mantienen en el ámbito local” (2001, 161). Healy, citando a Foucault, considera que el poder se diversifica de manera tal que para comprenderlo, es preciso reconocer que dicho poder está relacionado con el saber: se ejerce, no se posee; es decir, actúa por medio de los individuos y no sobre ellos; sin embargo, las condiciones históricas ubican a los individuos de forma diferente dentro de este, además, el poder no es solamente represivo, ya que por medio de la relación de poder se puede generar saber, discursos y producir experiencias. A partir de estas experiencias y de los ejercicios locales y cotidianos de poder, se hace preciso eliminar las relaciones conflictivas generadas entre conocimiento científico y saber local, ya que al hacerlo “[...] podría existir una mayor fluidez, porosidad y capacidad de ir más allá de la antinomia que se ha establecido entre estas dos formas de conocer” (Mosquera 2013, 55). Pero, si por el contrario, se mantienen las diferencias entre estas, “[...] no se reconocerán formas constructivas de interacción, la inspiración y dependencia mutua que puede existir entre ellas” (Wynne 2004, 131).

Para Heler, estas relaciones de poder en el Trabajo Social son verificables aun en los procesos de profesionalización, ya que, según su experiencia, su desarrollo profesional a partir de la división de labores según las funciones, estuvo orientado hacia el cumplimiento de tareas paliativas de control social, presentadas como un “hacer” con aquellas personas que precisan ayuda.

Ya desde el lugar asignado en la división social del trabajo, en correspondencia con la separación entre trabajo manual e intelectual, el Trabajo Social parece asemejarse por la carencia con aquellos con quienes tiene que trabajar, aunque en realidad sean carencias de distinto tipo. A sus *tareas* parecen faltar características que permitirían su reconocimiento pleno como un *trabajo intelectual*, precisamente porque sus tareas son narradas como un *hacer*. Sin embargo, posee una de las características fundamentales del trabajo intelectual en las sociedades capitalistas: está integrado en las funciones de organización y de dirección del Estado (el Estado como asegurador del orden establecido), en las funciones organizativas de las que están separados y excluidos los encargados del trabajo manual. (2005, 5)

De esta manera, al posicionarse las características del trabajo intelectual en la división sociotécnica del trabajo, se sitúa al Trabajo Social en una posición subalterna. Por lo tanto, debemos evitar para nuestro caso que la práctica en Trabajo Social siga expuesta a ejercicios de poder, ya que promueven y perpetúan desigualdades estructurales que menoscaban su reconocimiento y que, además, ocasionan la asignación de tareas a unas disciplinas en detrimento de otras —verbigracia, la relación de subalternidad que se da entre la Enfermería y la Medicina, profesiones de las ciencias de la salud—.

Dichos ejercicios, producidos en las relaciones de poder, se originan en los sectores hegemónicos que sostienen a los saberes dominantes y que descalifican a los subalternos. Esta forma de dominación y de funcionalidad restringe el acceso de las profesiones subalternas al control del poder y al uso del saber, lo que da cuenta de la falta de legitimidad y de autoridad del Trabajo Social como disciplina.

En este sentido, la aproximación al carácter científico exige el acomodamiento del quehacer del Trabajo Social a la definición dominante de ciencia. Pero con tal acomodamiento no se puede ir muy lejos. El Trabajo Social como subcampo de las ciencias sociales no puede dejar de quedar narrado bajo la valoración negativa de la falta de científicidad que se atribuye a las ciencias sociales, ya que su objeto de estudio e intervención, los seres humanos, se resisten —por suerte—

a doblegarse a la capacidad de predicción de los conocimientos que se califican de científicos, conforme a la definición dominante de ciencia. La indeterminación del comportamiento humano no se compatibiliza fácilmente con el conocimiento predictivo y *determinista* requerido. (Heller 2005, 6)

Igualmente, en los últimos años se ha afianzado la pregunta sobre el lugar de donde proviene el conocimiento que precisa la práctica profesional. Al respecto, Donald Schön (1996) plantea que en la práctica existen algunos problemas que están claramente definidos, los objetivos son relativamente fijos y los fenómenos se prestan a ser incluidos en algunas categorías y técnicas que poseen los profesionales; pero existen otros que no se enmarcan en dichas teorías y las respuestas que de allí se pueden extraer no son suficientes para solucionarlos. En estas circunstancias, es preciso hacer uso de las competencias, habilidades y sensibilidades propias del profesional para lograr resolver los problemas adecuadamente, y es necesario reaccionar ante lo inesperado, indagando sobre el terreno, que es lo que este autor llama “reflexión en la acción”<sup>9</sup>; este tipo de reflexión nos puede indicar cómo va surgiendo el conocimiento, que aún no está preestablecido teóricamente y que es necesario para intervenir en la práctica profesional.

Por lo tanto, la metodología de intervención profesional de un Trabajo Social crítico requiere de reflexiones de las situaciones a intervenir y del análisis de las relaciones de poder tanto internas como externas, de manera que permita reconocer la participación de las diferentes profesiones en la construcción de conocimiento en distintos espacios y niveles; esto con el fin de posibilitar que las personas reconozcan y cuestionen las estructuras de dominación por medio de un proceso de reflexión que, además, visibilice identidades colectivas y sus acciones en pos de transformar las estructuras desde los dominados. Dicho proceso de concienciación, inaugurado por diferentes autores y autoras de la escuela de Brasil, constituye

<sup>9</sup> En la reflexión en la acción, el pensamiento se produce dentro de los límites de un presente-acción aún con posibilidades de modificar los resultados.

una apuesta por la reconstrucción de las prácticas críticas para construir conocimiento.

Es aquí donde retomo la sabiduría práctica<sup>10</sup>, la moral y la ética en Trabajo Social. El diccionario de Trabajo Social en los Estados Unidos describe la sabiduría práctica, propia de nuestro oficio, como

[...] un término de uso frecuente por los trabajadores sociales para describir la acumulación de información, suposiciones, ideologías y juicios que son útiles en la práctica en el cumplimiento de las expectativas del trabajo. Sabiduría práctica a menudo se equipara con “sentido común” y puede o no ser validada cuando se somete a un análisis empírico y sistemático, y puede o no estar relacionada con la teoría prevaleciente. (Barker 1999, 370)

Considero que la formación crítica debe ir en correspondencia con una ética impulsada desde lo crítico; esta debe ser, por tanto, una ética de indignación<sup>11</sup> y de promoción de propuestas innovadoras frente a las problemáticas de la realidad social. Junto con esta ética de indignación, la sabiduría práctica se desarrolla con la madurez, la experiencia, la conciencia bien cultivada y con el conocimiento en construcción. Por tal motivo, considero importante resaltar que esta sabiduría se da como resultado de la capacidad de integrar los procesos de cognición con las capacidades intuitivas y afectivas. Tanto la sabiduría tradicional como la sabiduría práctica son dos habilidades cognitivas complejas e interrelacionadas

<sup>10</sup> Para Powell, “es en la juventud que florece el genio y la sabiduría con la edad emerge. La sabiduría se desarrolla con la madurez y la experiencia, la conciencia bien cultivada, y el conocimiento en expansión. A medida que aumenta, también lo hacen las posibilidades de hacer mejor nuestro trabajo. Nuestra comprensión de la sabiduría práctica ha languidecido y nos olvidamos de sus beneficios [...]. [L]a sabiduría práctica, que es propia de nuestra profesión, se desarrolla a través de la experiencia, del quehacer propio en el contexto de nuestras relaciones profesionales y [de] las circunstancias sociales en las que se intervenga [...]; esta utiliza esa experiencia y conocimiento a medida que buscamos las rutas para los mejores fines y para tejer nuestro camino hacia el futuro” (2008, 91-92).

<sup>11</sup> El sacerdote sudafricano Albert Nolan acuñó el término “ética de la indignación”, como deber de los cristianos para participar en la resistencia al régimen del Apartheid. A partir de allí, varias y varios autores han retomado el concepto como una fuerza moral de la experiencia social humana que se enfrenta a hechos que causan disgusto y generan impotencia.

que reflejan los comportamientos aprendidos y valores como la sensibilidad y empatía hacia los estados emocionales propios y ajenos.

Como aporte a nuestra profesión, la sabiduría práctica reconoce patrones de interacción social como el sentido común, el discernimiento, la auto-reflexión, el juicio, la imaginación analógica y otras habilidades que incorporan emociones y razón. La sabiduría práctica en Trabajo Social se basa en nuestra capacidad para recoger las narrativas de vida, identificar los diferentes contextos e incorporar la dimensión del tiempo.

De esta manera, podemos encontrar que la sabiduría no se desarrolla simplemente como un feliz accidente, o como compensación por el envejecimiento, sino que es una expresión del potencial humano que puede ser reforzado y fortalecido por [el] autocuidado y el buen uso de nuestras mentes. (Powell 2008, 101)

### Trabajo Social, transformaciones endógenas y cambios en la realidad social

¿Cómo promover, desde la perspectiva de unos intelectuales críticos, una política del reconocimiento por lo diferente, una formación emergente, es decir, crítica y reflexiva, sin caer en una lógica de identidad compulsiva y teniendo en cuenta que las prácticas de formación de una conciencia diferencial, muchas veces, no logran ir más allá del aparato ideológico contra el cual surgen? Considero previamente que la construcción de conocimiento crítico en Trabajo Social debe ir de la mano de los cambios endógenos pertinentes que tenga la profesión mediante el fortalecimiento de una investigación transformadora que fundamentalmente la importancia del lenguaje, los relatos y narrativas, la formación crítica y la intervención profesional reflexiva que establezca miradas alternativas, retomando de los sujetos sus singularidades. De esta manera será posible consolidar una organización formal de los procesos de innovación en Trabajo Social. La formación profesional, junto con la investigación, debe llevarnos a discusiones constantes en relación con el modo en que se piensa y reestructura el cambio social, por esto, es necesario tener una sólida posición crítica

que profundice la reflexión y la interpretación de contextos y problemáticas sociales particulares. Katy Narhi (2002), quien defiende la hipótesis de que la profesión es eminentemente política y se define como tal, asegura que el tipo de investigación que realizamos las trabajadoras y los trabajadores sociales busca (entre muchos otros propósitos) suministrar información nueva y coherente para la futura comunicación con otras y otros actores, a fin de influir y resolver cuestiones relacionadas con el fenómeno de la construcción de conocimientos alternativos, saberes tradicionales y nuevos paradigmas epistémicos. Es por esto que el lenguaje en Trabajo Social es una expresión fundamental de la realidad construida por y entre las trabajadoras y los trabajadores sociales.

Además, no debemos pensar las realidades sociales alejados y alejadas de ella, pues seguir consolidando un proyecto ético-político en el que, como profesionales, nos distanciamos de la praxis para fundamentar algunas veces únicamente lo teórico y otras solo lo práctico, puede seguir legitimando formas generales de dominación. Y es ese el riesgo que se corre con una producción crítica tan separada de lo social, de lo cultural, de lo subyugado, es decir, una práctica que, al generarse desde lo tradicionalmente constituido, dejaría de tener un carácter desmitificador. Por esta razón considero que es desde aquí, desde la mal llamada periferia<sup>12</sup>, desde el sur global, que se hace preciso el compromiso de salir de esta aporía, por cuanto se trata de un pensamiento que toma una perspectiva transformadora, definida desde afuera de la hegemonía, como punto de partida para realizar una crítica de la conciencia actual que tendría como objetivo principal continuar con la deconstrucción de todas las narrativas accesorias de la identidad y de la diferencia, entendidas como la aparente conciencia sobre la realidad social. Lo que entra en juego con esta propuesta es una decisión moral, ya que define el futuro, el devenir del Trabajo Social; es aquí donde

comienzan a ponerse de presente las valoraciones éticas del trabajador y la trabajadora social.

Es así como una de las reflexiones del artículo apunta a no descuidar el pensamiento crítico, indispensable para superar el carácter instrumental que ha predominado en la aplicación de teorías; hacer énfasis, más que en los medios tradicionales, en la búsqueda de explicaciones en el contexto social, rescatar el verdadero valor de lo social, construir-deconstruir ciertas situaciones sociohistóricas actuales y revisar los procedimientos de aproximación a la realidad de manera más crítica. Esta actitud crítica y reflexiva nos convoca a la evidente necesidad de construir conocimiento práctico a partir de la alteridad, por cuanto la emoción es evidenciada en el proceso de intervención (Mosquera 2011). Estos elementos deben ser el principio para un proceso de autorreflexión en el que los seres humanos no nos conformemos con las condiciones de avasallamiento en las que nos encontramos y establezcamos críticas a la tendencia opresora que, además, nos permitan crear propuestas de un orden social diferente, configurándonos como protagonistas del cambio.

La tarea de traer a la luz el conocimiento práctico se puede describir como un camino que lleva a descubrir principios implícitos o básicos. El conocimiento que hemos obtenido a través de la reflexión se puede utilizar para formar y reformar ejemplos que pueden llegar a ser una forma de guías. (Erstad 2006, 187)

Si bien la concepción del cambio no se puede quedar en lo micro ni en lo macro de lo social, tampoco puede mantenerse en lo exclusivamente racional. Es indispensable que se abran las puertas a nuevas alternativas de pensar el cambio y de prácticas para llegar a él: “[...] la adopción de la diversidad no implica necesariamente el fin de la política emancipadora de masa pero le imprime un giro más exploratorio y pragmático” (Healy 2001, 175).

Además de la propuesta de una reconstrucción de las prácticas críticas dentro del Trabajo Social y de las demás perspectivas críticas en el interior de las ciencias sociales, me gustaría enfatizar en que esto solo se logra con un imperativo ético, que además de ser un motor de indignación —que propugna una

12 El término centro-periferia se utiliza para referirse a las desigualdades espaciales, sociales y económicas, especialmente en el ámbito mundial —países centrales y países periféricos—. Se relaciona con acepciones tales como mundo desarrollado-subdesarrollado y primer mundo-tercer mundo. La llamada periferia la constituirían los países en vía de desarrollo o países del tercer mundo.

sociedad más justa e igualitaria en la transformación social—, también reconozca la coherencia de nuestras acciones con su intencionalidad, y como resultado de esa labor ética, se haga imprescindible, como compromiso básico, aprehender a relacionarnos con los sujetos que viven en condiciones de injusticia social desde sus potencialidades y no exclusivamente desde sus carencias.

### **La práctica profesional: ¿una forma para construir conocimiento?**

Las prácticas profesionales son reconocidas por el fundamento ético-político que sustenta la intervención con distintos grupos; ayudan a las y a los profesionales a intervenir y a construir conocimiento de múltiples maneras, a través de diferentes visiones de la realidad. Es en la construcción de dicho conocimiento que se hace importante e inminente una revisión de la epistemología de la práctica y su relación con la intervención social.

Sin embargo, los contextos de intervención profesional, lejos de configurar situaciones precisas y estables, aparecen más bien, desde nuestra perspectiva, como zonas indeterminadas, caracterizadas por la complejidad y la incertidumbre en las que es preciso reconocer la permeabilidad de límites estrictos entre teoría y práctica. (Schön 1996, 185)

En el siglo anterior y en lo que va corrido de este, se han introducido diferentes peticiones relacionadas con los cambios sociopolíticos y económicos que se han dado en el ámbito regional, nacional e internacional. Durante muchas décadas se ha luchado por el derecho a la vida, a vivir dignamente y a contracorriente del modelo neoliberal, a la no explotación, la no discriminación, exclusión y subordinación de los diferentes sectores populares, entre otros. Se han promovido las demandas de servicios sociales, la protección del medio ambiente y la permanencia y reconocimiento de diferentes poblaciones en los distintos territorios. Todas estas luchas y reivindicaciones que, en cuanto trabajadores y trabajadoras sociales nos han interesado, son lo que Germán Jaraíz (2010) llama la búsqueda de nuevas preguntas para la transformación de la complejidad social actual; para el autor,

el gusto por el desempeño profesional tendrá que enfrentarse a esta cuestión.

La práctica profesional es un quehacer que genera un conocimiento significativo de la realidad social. Para ello, debe incluir un sistema teórico, adquirido durante la formación profesional, y estrategias que promuevan conocimientos, impactos y consecuencias para la intervención en Trabajo Social. Requiere, además, del desarrollo de la subjetividad, de la participación de las personas en la sociedad, por ser generadoras y portadoras de conocimiento y de cultura. Se trata de pasar de la lógica de lo determinado a la dinámica creativa, a la no linealidad de los procesos, a la incidencia de los acontecimientos, a la incertidumbre; dinámicas que son propias de la realidad social y, por tanto, idóneas de ser abordadas por diseños cualitativos de intervención innovadores.

Hoy en día, los trabajadores y las trabajadoras sociales hemos pasado de ser meros solucionadores de problemas, para reconocer la importancia, cada vez mayor, de propiciar un cambio en la vida de las personas e intervenir en sus relaciones sociales; en concordancia, muchas de las actividades del trabajador y de la trabajadora social tienen como objetivo involucrarse con los relatos de las personas. Caracterizados históricamente por ser una fuente de conocimientos y de comprensión de la realidad social, se convierten en una actividad política que le permite a la trabajadora y al trabajador social romper con la dominación cognoscitiva y práctica de la forma tradicional de construir conocimiento.

Para Erstad (2006), el Trabajo Social requiere de algunas orientaciones teóricas en los que la prevalencia de los relatos constituya un aporte efectivo, por cuanto provienen de un cuerpo de experiencias y técnicas específicas que promueven ciertos cambios. Uno de esos cambios es el de paradigma, el cual permite un replanteamiento de nuestra subjetividad, de nuestra vida cotidiana y de nuestra praxis profesional.

Los relatos, como fuentes de conocimiento, constituyen una buena herramienta para el quehacer del trabajador y de la trabajadora social en temas que involucran las diferentes formas de construir conocimiento, e incluso, en un contexto más amplio, las relaciones interpersonales, ya que permite efectuar un

cambio en la interpretación de las historias de vida de las personas. Esta herramienta está acompañada del lenguaje como acción y permite, a través de las conversaciones con las personas, que el consultante exprese sus experiencias vividas y que interprete la realidad y sus significados. Al respecto, Erstad evidencia, por ejemplo, cómo “[...] en el trabajo con el menor se necesitan relatos sobre maneras sabias de actuar que nos puedan enseñar el camino a través de un terreno difícil y lleno de tensiones. Este tipo de relatos tienen la función de ser guías que pueden dar seguridad en las actuaciones para los que vienen detrás y dar esperanzas de que es posible encontrar caminos en el terreno más hostil [...]” (2006, 190).

En esta perspectiva, los trabajadores y las trabajadoras sociales cobran protagonismo en razón de la necesidad de crear y ejercer nuevas prácticas para intervenir en temas de interés general, tales como la participación en procesos comunitarios o democráticos innovadores o, por ejemplo, en los modos de hacer visible el vacío social frente a la inexistencia de mecanismos justos de redistribución del ingreso y de distribución de bienes y servicios, de tal manera que las personas lleven una vida humana digna (Malagón 2012). A su vez, los trabajadores y trabajadoras sociales fortalecen, con dichas prácticas interventivas, los saberes surgidos de la experiencia práctica, las capacidades desplegadas para la comunicación e incluso el trabajo de intervención a partir de las emociones. En este escenario, todos esos saberes “han de ser recuperados y puestos en valor como objetos, no únicos pero sí indispensables, para un conocimiento al servicio de la transformación” (Jaraíz 2010, 1). Para Wynne, dichos saberes son “complejos, reflexivos, dinámicos, innovadores, empíricos, pero también teóricos. Experimentales y flexibles, ni dogmáticos ni cerrados. Epistemológicamente vivos y sustantivos” (2004, 144).

Edgar Morín (1994), citado por Jaraíz, nos dice “[...] que la complejidad del momento actual no solo tiene que ver con la comprensión de los hechos; afecta al modo en que son mirados (y construidos), [...] por lo tanto, el objetivo de esta reflexión no es otro que el de brindar herramientas a quienes se interesen por el bello oficio de lo social y por la situación epistemológica y metodológica del Trabajo Social en

relación con la complejidad social actual” (2010, 3). Jaraíz, finalmente, plantea reflexiones sobre algunos aspectos que, a su parecer, pueden ayudarnos a pre-guntar y repensar nuestros modos de dar forma a la acción, nuestra forma de producir conocimiento.

Es a partir de estas aproximaciones epistemológicas que Morín instala tres territorios de análisis del Trabajo Social para formular nuevas preguntas y construir nuevas respuestas. El primero caracteriza los modos de conocer, es decir, el proceso de identificar y reconstruir el conocimiento y el que para el autor Toniolo de Sousa (2008) tiene que ver con la competencia ética-política —competencia que en el artículo he desarrollado a partir de la promoción de las prácticas críticas—; en segundo lugar está el papel que juega la experiencia como objeto de conocimiento (la sabiduría práctica), el lugar de práctica como espacio formativo (competencia técnico-metodológica); y finalmente, en el tercer territorio se sitúan cuestiones de operatividad (competencia operativo-instrumental), entendidas como el conjunto de factores internos y externos que rodean al Trabajo Social en su formación y que afectan su capacidad de manifestación e intervención en la estructura social, en palabras del autor, la formación como herramienta investigadora para la gestión del conocimiento.

Los tres territorios o competencias no son excluyentes entre sí, por el contrario, tienden a complementarse unos a otros, ya que tienen elementos susceptibles de ser combinados en una síntesis más general; sin embargo, para Morín, la piedra angular del trabajo es la articulación práctica-teoría en los procesos formativos pensados para la adquisición de nuevos conocimientos, y el enfoque de las nuevas estrategias de intervención (la toma de relatos, la implementación de la IAP, la puesta en marcha de la educación popular, el trabajo con grupos focales, las historias de vida, las entrevistas a profundidad, entre otras), en la medida que, aunque constituyen herramientas metodológicas, algunas definen y denuncian injusticias en diferentes esferas de la vida pública y privada, y proponen, en consecuencia, determinadas actuaciones con el objeto de corregir y superar dichas situaciones. Es decir, más allá del conocimiento del experto, es importante priorizar los relatos, las

actividades de campo y los caminos en el terreno, ya que permiten que las personas puedan documentar los conocimientos que adquirieron al solucionar su problema, al trabajar con las y los profesionales y al reconocer hechos importantes de sus vidas durante la intervención. Este enfoque permite que, antes que depender del conocimiento experto del y de la profesional, las personas puedan recurrir a un conocimiento alternativo y especial, generado desde sus relatos y experiencias, y construir, así pues, conocimiento a partir de un pensamiento epistémico, contrario a una pensamiento teórico, que parte de planteamientos de hipótesis y de razonamientos apriorísticos, lo que Zemelman llama los contenidos definidos. Para este autor, el pensar epistémico, sin “contenido”, busca problematizar los fenómenos sociales de modo que en lugar de cerrar las relaciones del mundo real a contenidos y jerarquizaciones teóricas, lo que pretende es que la realidad sea vista desde diferentes enfoques sin asociarse necesariamente con alguno de ellos.

[E]n el sentido estricto de la palabra, el pensamiento epistémico es preteórico, funciona sin un corpus teórico y, por lo mismo, sin conceptos con contenidos definidos, con funciones claras de carácter gnoseológico o cognitivo, o para decirlo de otra manera, con funciones de determinación o con funciones de explicación. Por lo contrario, son instrumentos del pensamiento epistémico, son categorías que me permiten plantearme esto que, de manera abstracta, ha llamado colocarse frente a la realidad. (Zemelman 2005, 70)

Es así como su análisis va más allá de la influencia de las ideologías, concentrándose en la forma en que se construye el conocimiento a partir de la práctica, lo que permite una mayor comprensión de los modos en que funciona el poder y que subyace a los conocimientos globalizantes y unitarios, y de aquellos denominados conocimientos subyugados o subalternizados. Además, este análisis permite dar cuenta, claramente, de la existencia de un conocimiento que se toma como “verdad” y de otros que se articulan simultáneamente, pero que han sido descalificados y subvalorados por la tradición epistemológica dominante.



Borja Paladini Adell  
*Mujer negra*  
 El Charco, Nariño, Colombia, 2010

### Reflexiones finales

A través del gusto por el desarrollo profesional, la construcción de nuevos conocimientos, la revalorización de las prácticas críticas, la implementación de una ética de la indignación y la promoción de los saberes locales, debemos propender en la intervención social por procesos de acompañamiento que amparen efectivamente el sufrimiento de las personas y las comunidades inmersas en situaciones vulnerables, consolidando herramientas que nos permitan proponer procesos de satisfacción y atención alternativos que respondan a la verdadera dimensión del daño ocasionado.

La preocupación por el desarrollo profesional del trabajador o la trabajadora social en la intervención social y su aporte para la construcción de conoci-

miento nos invita perentoriamente a replantearnos las características del mundo que habitamos y cómo lo habitamos. La reformulación de la dicotomía sujeto/objeto y la atención preferente a las relaciones y procesos (antes que a las estructuras) constituyen dificultades inevitables. El reto de la complejidad consiste en atender a todo ello en vez de simplificar nuestras preocupaciones y dejarnos llevar por la inercia del conocimiento teórico y de las instituciones.

Así como una mujer o un hombre se apropián de su vida con carácter, y son capaces de responder propositivamente a los desafíos que les presenta la vida misma, una profesión como el Trabajo Social se cohesioná y se proyecta si es capaz de entender cuáles son los desafíos que debe superar colectivamente. Al ser conscientes de nuestros límites, podremos avanzar notablemente, al menos en lo referente a la reconfiguración del pensamiento. Se infiere, de este modo, que se necesita una nueva visión de la realidad, es decir, una transformación fundamental de nuestros modos de pensar, de percibir y de valorar las situaciones que se presentan en nuestra cotidianidad.

[E]l punto fundamental no es comenzar a decir lo que hay debajo del agua o de la punta del iceberg, porque eso significaría reducir lo que no está ni siquiera observado y mucho menos conocido, a un conjunto de conceptos que manejamos y que creemos mecánicamente aplicables. Aquí es donde se ve, casi analógicamente, lo que significa “crear un problema”; en el fondo es zambullirse más allá de lo observable y para eso hay que contener la respiración, que en el caso de la investigación, equivaldría a recurrir al pensamiento crítico, el cual hace las veces de oxígeno. (Zemelman 2005, 73)

En la actualidad, en el interior de las ciencias sociales persiste el debate entre el método científico y las “nuevas”<sup>13</sup> formas de generar conocimiento, debi-

do a la inminente complejidad de la cuestión cognitivo-social. Se hace, entonces, vital reconocer que la experiencia social en todo el mundo es mucho más amplia y variada de lo que la tradición científica o filosófica conoce y considera importante; además de reconocer que esta riqueza social está siendo desperdiciada y que, en este sentido, es necesario emprender caminos que den cuenta de las demandas sociales actuales. Esto significaría emprender un rumbo hacia el diálogo, hacia las posibilidades de encuentro entre comunidades y saberes de diversos tipos, para así, efectivamente, construir desde el sur, o mejor, desde los países históricamente relegados, dinámicas, proyectos y propuestas de construcción de mundo con valores antagónicos a los establecidos por la concepción de desarrollo capitalista-moderno-eurocentrista.

Considero también que la ciencia está permeada por la retórica, por la historia y por epistemologías mentirosas que están situadas en la perspectiva de los países de Occidente. En un análisis adecuado sobre la relación saber-conocimiento, debemos concebir siempre una crítica a lo que se nos ha impuesto, aun desde el mismo conocimiento. Por ejemplo, en el arte, aunque estrictamente no se hace una crítica al método científico ni a la ciencia como tal, su aporte al desarrollo del pensamiento humano radica en su capacidad de romper esquemas y lugares comunes, además de contemplar el mundo con otros criterios que, por ejemplo, se apoyan en el mundo de lo irreal; de ahí que no solo rompa la realidad objetiva, en donde prima la mera racionalidad instrumental, sino que también consolida la opción de una realidad subjetiva, en donde cobra nuevamente importancia el saber de la vida cotidiana en su relación con la naturaleza y con otros hombres.

Hay que cambiar la linealidad y rigurosidad en la cual hemos sido formados, y contemplar que la realidad social y las demás configuraciones de la realidad son diversas, múltiples y cambiantes. Es imposible e innecesario tratar de alcanzar la universalidad en los resultados de un saber, pues no hay *una* realidad, los actores no son iguales y mucho menos su contexto.

las hace nuevas, excepto por el carácter de negación que les quiere dar la ciencia moderna en su reconocimiento histórico como saberes ancestrales contrahegemónicos.

13 Nuevas formas de generar conocimiento desde el punto de vista de la ciencia moderna, que al proclamarse poseedora del criterio universal de demarcación entre conocimiento verdadero y conocimiento falso, traza una línea epistemológica abismal que clasifica los conocimientos y prácticas situadas en los territorios del otro lado de la línea como meros saberes folclóricos, opiniones infundadas y creencias oscurantistas alejadas de la racionalidad científica occidental. Lo que necesariamente no

Bajo esta concepción, la práctica profesional rigurosa es calificada por Schön como esencialmente técnica. El rigor de la práctica profesional “depende del uso de las técnicas descriptibles, verificables y replicables, tomadas de la investigación científica y basadas en un conocimiento que sea objetivo y consensual, acumulativo y convergente” (Schön 1996, 189). Desde esta perspectiva, los problemas que enfrenta el y la profesional en su hacer son factibles de revertirse en la medida en que se disponga de un proyecto ético-político que lo sustente. Por ejemplo, en la técnica de los talleres de conocimiento se nos permite observar que cuando construimos cierta metodología desde nuestros propios relatos, dilemas e historias de vida, muchas veces nos aproximamos a una reflexión desde la acción, la cual nos lleva a la interpretación y a la crítica de la teoría y la práctica; es ahí donde debatimos y donde nace la necesidad de investigar para construir, de enfrentar los obstáculos que generan las actividades propias e independientes de la intervención social. La búsqueda de soluciones a través del lenguaje, de las emociones, de la sabiduría práctica, de la externalización de las experiencias vividas, de las historias de vida y de la construcción de nuevos saberes requiere muchas veces de una mayor comprensión y elaboración de las ideas y de las metodologías a través del mencionado proyecto ético-político.

Finalmente, estas reflexiones dan cuenta de la tarea apremiante de construir nuevo conocimiento, que debe contener una infinidad de prácticas heterogéneas y discontinuas, instalarse en todos los ámbitos del conocimiento y ser coherente con nuestra historia. Pero ante todo,

[...] debemos ser claros: ningún conocimiento sobre el ser humano o sobre la sociedad es suficiente para explicar completamente ninguna situación particular, ni permite deducir cómo intervenir. Quizá sea una pena, pero así es y añadiré, tanto mejor que así sea. Este espacio de incertidumbre es también espacio de libertad para las poblaciones excluidas y para las profesionales que actúan. (Leplay 1998, 289)

Estas reflexiones nos permiten poner sobre la mesa una discusión importante frente al campo profesional y disciplinar del Trabajo Social: ¿Cuál es el papel que

cumplen las y los profesionales de Trabajo Social en los nuevos escenarios de construcción de conocimiento? Puede plantearse que, efectivamente, la función que cumple la profesión en estos escenarios resulta relevante tanto en procesos de investigación como en procesos de intervención o acompañamiento. Por cuanto esta constituye una profesión que trabaja directamente con poblaciones y con sus distintas historias de vida, es necesaria la conformación de profesionales éticos y políticos que propendan por la construcción de debates, discusiones y relaciones fundamentadas en nuevas miradas que den voz a aquellos y aquellas que han sido sosegados a lo largo de la historia, que abran nuevos caminos para la comprensión de la realidad social y su reflexión, y que acompañen a las personas desde sus propias experiencias.

El trabajador y la trabajadora social, tanto en la investigación como en la intervención social, puede contrarrestar el vacío de los medios, las empresas, las instituciones, el Estado y la enajenación social; para ello, es fundamental que el compromiso social se convierta en parte de sus intereses y de su actividad cotidiana, así su trabajo tendrá nuevas y mejores proyecciones, como una red<sup>14</sup> de relaciones interpretadas y leídas por toda la sociedad.

## Referencias bibliográficas

- Barker, Robert. 2003. *The Social Work Dictionary*. Washington: National Association of Social Workers – NASW Press.
- Castells, Manuel. 1999. *Globalización, identidad y Estado en América Latina*. Chile: PNUD.
- Deslauriers, Jean-Pierre y José Vicente Pérez Cosín. 2004. “El reto del conocimiento en la práctica del Trabajo Social”. *Cuadernos de Trabajo Social* 17: 195-210. Madrid: Universidad Complutense.
- Erstad, Inger Helen. 2006. “Relatos y reflexiones en talleres del conocimiento”. *Revista alternativas: Cuadernos de Trabajo Social* 14: 185-195. Alicante: Universidad de Alicante / Escuela Universitaria de Trabajo Social.

<sup>14</sup> El esfuerzo emprendido en este artículo, junto con las experiencias investigativas, de producción y de publicaciones, se emplea para que investigadoras e investigadores formen redes sociales de trabajo que les permitan consolidar el estado de una comunidad profesional crítica. En este sentido, esta reflexión es, al mismo tiempo, una provocación a la continua lucha por la consolidación de una disciplina, que incluye dentro de su dedicación, la producción de conocimiento.

- Healy, Karen. 2001. "La reconstrucción de las prácticas críticas". *Trabajo Social: Perspectivas Contemporáneas*, 155-182. Madrid: Morata.
- Heler, Mario. 2005. "La producción del conocimiento en Trabajo Social: Una revisión crítica de sus condiciones de posibilidad". Ponencia presentada en las *III Jornadas de Investigación. La investigación en Trabajo Social en el Contexto Latinoamericano*. Paraná, Argentina: Facultad de Trabajo Social / Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Jaraíz, Germán. 2010. *El gusto por el desarrollo profesional y la formación permanente de los trabajadores sociales*. Sevilla: GISAP / Universidad Pablo de Olavide.
- Leplay, Eliane. 1998. "La recherchedans le processus de construction de la discipline travail social". *La construcción y transmisión de los saberes en el Trabajo Social*, 279-292. José Ramón Bueno Abad y Alfonso García Martínez (coords.). Valencia: Nau Libres.
- Lorente, Belén. 2002. "Trabajo Social y ciencias sociales. Poder, funcionalización y subalternidad de saberes". *Revista Trabajo Social* 4: 42-59. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Machlup, Fritz. 1980. *Knowledge: Its Creation, Distribution, and Economic System I*. Princeton: Princeton University Press.
- Malagón, Edgar. 2012. *Fundamentos de Trabajo Social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mosquera Rosero-Labbé, Claudia. 2011. "Emoción, razón y 'proceso civilizatorio': aproximaciones desde los procesos de atención psicosocial de personas desplazadas por el conflicto armado interno colombiano". *El trabajo y la ética del cuidado*, 275-294. Luz Gabriela Arango Gaviria y Pascale Molinier (comps.). Medellín: La Carreta Editores / Escuela Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.
- Mosquera Rosero-Labbé, Claudia. 2013. "Pluralismos epistemológicos: hacia la valorización teórica de los saberes de acción. Una reflexión desde la intervención social a la población afrocolombiana desplazada". *La investigación y la práctica en Trabajo Social*, 53-84. María Himelda Ramírez (comp.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Narhi, Katy. 2002. "Transferable and Negotiated Knowledge: Constructing Social Work Expertise for the Future". *Journal of Social Work* 32 (4): 317-335. Oxford: The British Journal of Social Work.
- Paquet, Gilles. 1991. "Deux crises en management: formation et recherche". *Le management en crise. Pour une formation proche de l'action*, 59-73. Gilles Paquet y Octave Gélinier (eds.). París: Económica.
- Powell, William. 2008. "Sophia's Window: Practice Wisdom and Selecting Better Paths". *Revista Portularia* VII (2): 91-102. Huelva: Universidad de Huelva.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, 201-242. Edgardo Lander (comp.). Buenos Aires: CLACSO.
- Schön, Donald. 1996. "La crisis del conocimiento profesional y la búsqueda de una epistemología de la práctica". *Construcciones de la experiencia humana I*, 183-212. Marcelo Pakman (comp.). Barcelona: Gedisa.
- Sousa, Charles Toniolo de. 2008. "A prática do assistente social: Conhecimento, instrumentalidade e intervenção profissional". *Revista Emancipação* 1 (8): 119-132. Ponta Grossa, Brasil: Universidade Estadual do Ponta Grossa.
- Sousa Santos, Boaventura de. 2009. *Una epistemología del sur: la reinvenCIÓN del conocimiento y la emancipación social*. Buenos Aires: CLACSO / Siglo XXI.
- Sousa Santos, Boaventura de. 2010. *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires: CLACSO.
- Sposati, Aldaiza. 2007. "Pesquisa e produção de conhecimento no campo do Serviço Social". *Revista Katálysis* 10 (2): 15-25. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina.
- Vélez, Olga Lucía. 2003. *Reconfigurando el Trabajo Social: perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Walsh, Catherine. 2005. "Re-pensamiento crítico y decolonialidad". *Pensamiento crítico y matriz decolonial. Reflexiones latinoamericanas*, 13-35. Catherine Walsh (ed.). Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Wynne, Brian. 2004. "¿Pueden las ovejas pastar seguras? Una mirada reflexiva sobre la separación entre conocimiento experto y conocimiento lego". *Revista Colombiana de Sociología* 23: 109-157. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Zemelman, Hugo. 2005. "Pensar teórico y pensar epistémico. Los desafíos de la historicidad en el conocimiento social". *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*, 63-79. Barcelona: Antrhopos.
- Zúñiga, Ricardo. 1993. "La théorie et la construction des convictions en travail social". *Revue Service Social Perspectives Théoriques* 42 (3): 33-54. Montréal: École de Service Social / Université de Montréal.